

Moral de
Lao-seu.

Esto en punto á su metafísica; pero nuestra historia debe considerar á estos grandes lumináres segun su influjo sobre su país ó sobre el género humano. Lao-seu con tranquila sabiduría desprecia las pasiones, se sobrepone á los intereses, á las grandezas, hasta á la gloria humana; recomienda la abnegacion de sí en provecho del prójimo, el humillarse para enaltecerse; de modo que á uno le parece descubrir en él la humildad y la caridad cristianas. Viendo las desgracias de su patria dividida y turbada, léjos de pensar en su reforma como Confucio, se retiró de la sociedad y aconsejó al hombre que buscara en la soledad ascética la bienaventuranza que consistía en la tranquilidad. « El hombre, dice, debe esforzarse en llegar al último grado de la incorporeidad para conservarse inalterable cuanto mas le sea posible. Los seres se juntan en la vida, y cumplen sus destinos; nosotros contemplamos en ellos las sucesivas renovaciones: cada uno de ellos vuelve á su origen; volver á su origen significa ponerse en reposo; ponerse en reposo equivale á restituir su mandato; restituir su mandato es lo mismo que llegar á ser eterno. El que sabe hacerse eterno es iluminado; el que no, está en brazos del error y de todas las calamidades. »

Por consiguiente, su moral no es activa, sino que purísima exhala una suave mansedumbre. « El hombre santo no tiene corazón inexorable. Sea tratado el virtuoso como virtuoso, y el perverso como el virtuoso: esta es virtud y sabiduría. Con el sincero y fiel tratemos como se debe con el sincero y fiel; con el solapado é infiel como con el fiel y sincero: esta es sabiduría y virtud. El hombre santo vive tranquilo en el mundo: su corazón solo se inquieta por el mundo, por el bien de los hombres. Si acaso estos no piensan mas que en contentar los oídos y los ojos, los santos deberán tratarlos como un padre á sus hijos. »

De suerte que en aquellos tiempos agitados él predicaba la razón suprema, absoluta, rebatiendo la fuerza material; y proclamaba que solo podía llamarse sabio el que se conociera á sí mismo, solo fuerte el que se dominase, solo rico el que supiera lo suficiente. No callaba á los poderosos las verdades desagradables. Así, decía: « Rey que gobierna con la razón no há menester de armas para tener sujeto el imperio. Donde se establecen grandes ejércitos pronto crecen cardos y espinas. Las cosas violentas solo duran una mañana. El pueblo padece hambre, porque sobre sus hombros descansan los impuestos: es difícil de gobernar porque está sobrecargado de fatiga: ve con indiferencia acercarse la muerte, porque tiene que penar mucho para ganarse la vida (1). »

Estos sentimientos llegaron á exagerarse y condujeron á la inercia, á la duda, á la debilidad y hasta á tener por verdadera sabiduría el no

(1) Secciones 50 y 75.

saber nada, el escepticismo perezoso. Después sus secuaces, honrados con el título de TAOSSE, esto es, doctores celestes, se perdieron en artes cabalísticas y adivinatorias y en una moral relajada, lo cual hizo que los jesuitas diesen á Lao-seu el nombre de Epicuro chino (1).

Este título sin embargo es injusto y mas le convendría el de estóico; pues solo veía el bien público y el privado en el ejercicio de la virtud y en identificarse con la razón suprema, domando los sentidos y llegando así á la impasibilidad. De esta inacción abusaron sus secuaces para caer en un rígido ascetismo: y en su consecuencia se recomendó que se tuviese al pueblo en la ignorancia, pues que del saber provenían todos los disturbios.

De su tronco retofiaron principalmente dos sectas: la de *Yang*, que ponía por principio moral de las acciones un egoísmo destructor de toda virtud y de toda benevolencia; y la de *Me*, que pretendía aniquilar el amor propio y el interés personal, y que los hombres se amasen sin distinción de amistad, parentesco ó grado. Unieronse después los tao-sse con los budistas, introdujeron prácticas, supersticiones, adivinaciones y cinismo de doctrinas y de vida; y mas adelante solo pertenecieron á aquella secta la gente pobre, ignorante y despreciada (2).

CAPÍTULO XXVII

Confucio.

Cung-fu-tseu nació en el reino feudal de Lu, hoy provincia de Chang-tung, 551 años á. C., en la undécima luna del año 21 de Ling-uang. Su genealogía sube hasta el cielo y se detiene en el emperador Huang-ti; sus abuelos y aun su padre fueron ilustres personajes. Su nacimiento fué anunciado y acompañado de prodigios; de niño veneraba á su madre viuda y á los ancianos, y no faltaba tampoco á ninguna de las ceremonias que se verificaban en honor de los vivos ó de los difuntos; sus juegos consistían en disponer á los muchachos para un sacrificio ó hacer á sus compañeros las reverencias y cortesías que se practicaban con los superiores (3). En la escuela pública se distinguió muy luego entre los demas por su dulzura, aplicación y adelantamientos, y su maestro lo tomó como

(1) Véase una información de aquellos en nuestros documentos de FILOSOFÍA, donde hay tambien una leyenda sacada de sus libros.

(2) El arte principal de los adivinos consiste en interpretar las sesenta y cuatro figuras del *Y-king*. Escriben los trigramas de este en dados; los arrojan al acaso y sin necesidad de ciencias ocultas, ni intervencion de poderes superiores; porque los mismos que tienen fe en ellos tienen esta por una operación natural enteramente y cuya dificultad está en descifrar los resultados.(3) La vida mas extensa de Confucio es la que el padre Amio insertó en el tomo XII de las *Mem. concernientes á los Chinos*, escrita en vista de documentos originales. Véanse nuestras BIOGRAFÍAS.*Œuvres politiques, morales et philosophiques de Confucius traduites en latin et en français...* par Marcellin Legrand. Paris, 1855 y siguientes.

ayudante para la enseñanza; y á los diez y siete años admitió un mandarinato sobre la venta de los granos. No quiso descargar el peso de este oficio, aunque pequeño, sobre un estipendiado cualquiera, como entónces solía hacerse, sino quiso verlo y oirlo todo por sí mismo, interrogar á los peritos, sustituir la buena fe y el orden á los fraudes y al desorden anteriores; y de esta manera mereció la estimación de cuantos le conocían. Habiendo llegado su reputación á noticia del gobierno, el ministro le nombró inspector general de los campos y ganados, con plenos poderes para reformar y renovar dónde y cómo lo creyese oportuno. En este alto destino puso la misma diligencia que en el pequeño; mejoró el cultivo, desterró de entre los aldeanos la suciedad, la penuria, la inercia, y enseñó á los propietarios lo que mas les convenía.

Gozaba ya de un honroso nombre á los veinticuatro años cuando murió su madre, y entónces poniendo en vigor los usos olvidados, celebró sus exequias segun los antiguos ritos, la hizo enterrar junto á su padre, encerrados en fuertes cajas, el marido á Levante, la mujer á Poniente, con los pies hacia el Mediodía y la cabeza hacia el Norte; y conservó por tres años el luto riguroso, separándose de todo cargo público y estándose encerrado en casa. En este retiro de tres años se dedicó enteramente á robustecer su alma con el estudio. Examinó los *King* ó libros canónicos; se ejercitó en las artes liberales que ningun magistrado debe ignorar, á saber, la música, el ceremonial religioso y civil, la aritmética, la escritura, la esgrima, el guiar un carro tirado por caballos ó por bueyes; y tanto se aficionó al estudio, que le quiso continuar aun después de terminados los años de luto. Se retiró por lo tanto á la vida privada; pero su respeto á las antiguas usanzas y su sabiduría le nabian dado tanto crédito, que de todas partes acudían á él para pedirle consejo.

Tambien un príncipe que se hizo rey de Jendo mandó á pedirle reglas acerca del arte de gobernar bien á sus súbditos; y Confucio (mas prudente que Locke y que Rousseau) respondió al mensajero: *No conozco ni á vuestro señor ni á su pueblo; ¿ como podré excogitar lo mejor? Si quisiese saber qué es lo que hacian en casos dados los antiguos monarcas y como gobernaban el imperio, sería para mí agradable deber el satisfacerlo, porque no tendria que discurrir sobre cosa que yo no supiera.* El rey de Jendo llamó después á Confucio, el cual dió leyes en este país, y después se partió de él diciendo: *He cumplido con mi deber al venir aquí; y ahora lo cumplo al marcharme cuando puedo ser útil en otra parte.*

Habiéndose convencido en este viaje de la mucha utilidad que proporciona el ver otros pueblos, recorrió en un carro tirado por un buey y guiado por un chico de escuela los pequeños reinos en que estaba desmenuzada la China; á los treinta años se estableció en su patria, y rehusó todo cargo público para dedicarse com-

pletamente á la reforma de sus conciudadanos, abrió en su casa una academia para los jóvenes y viejos, pobres y ricos, guerreros y literatos que deseasen lecciones de buena conducta, ejemplos de los antiguos, y aprender el medio de ser útiles á la sociedad. Su vida fué una serie de lecciones y de mejoras que procuraba introducir, caminando de lugar en lugar con doce discípulos, elegidos entre los sesenta y dos que mejor le comprendían.

Ni crédulo, ni engañador, no buscaba el apoyo en las ficciones, sino que confiaba en el Señor; y si Tien, decía, *no es contrario á las doctrinas que enseño, no podrán los hombres destruirlas ni perjudicarlas.* No entró en cuestiones metafísicas, y su discípulo Seu-lu dice: *Á cada paso podía oírse al maestro disertar sobre las cualidades que señalan en un hombre la virtud y el ingenio; pero nunca quiso hablar acerca de la naturaleza del hombre ni sobre el camino del cielo.* No pretendió introducir novedades, sino solamente recopilar la ciencia de los antiguos, coordinar las invenciones anteriores, fijar lo que era vago ó incierto, restituir (como dice Du-Halde) á la naturaleza humana aquel primer esplendor que habia recibido del Cielo, y que después habia sido ofuscado por las tinieblas de la ignorancia y por el castigo de los vicios.

Para alcanzar este fin, excitaba á obedecer al Señor del cielo, á honrarlo y temerlo; á amar al prójimo como á nosotros mismos, á domar nuestras inclinaciones, á nunca gobernarse por las pasiones, sino someterlas á la razón; á dar oídos en todo á esta, sin pensar ni decir cosa que le fuese contraria. « Lo que yo os enseño (decía) podríais aprenderlo por vosotros mismos haciendo un uso legítimo de las facultades de vuestro espíritu. Nada tan natural y sencillo como los principios de la moral, cuyas saludables máximas procuro insinuaros. Cuanto yo predico ha sido practicado ya por vuestros sabios; y esta práctica se reduce á tres leyes fundamentales de relaciones entre súbditos y reinantes, entre padre é hijo, entre marido y mujer; y al ejercicio de las cinco virtudes capitales de la humanidad, á saber: el amor á todos los hombres sin distinción; la justicia que da á cada uno lo que le corresponde; la observancia de las ceremonias y de los usos establecidos, á fin de que todos los que viven segun una misma norma participen de las mismas ventajas é incomodidades; la rectitud de ánimo y de corazón que hace buscar en todas las cosas lo verdadero, ó deseado sin engañarse á sí ni engañar á los demas; y la sinceridad, esto es, el corazón franco, que excluye todo disimulo en los hechos ó en las palabras. Estas virtudes hicieron memorables á los primeros institutores durante su vida é inmortales después de su muerte; tomemoslos por modelos y procuremos imitarlos (1). »

(1) *Mém. sur les Chinois*, t. XII.

Véase, pues, en qué consiste toda la moral de Confucio, cuyo carácter distintivo es el de derivar de las obligaciones domésticas todas las demás, y reducir las virtudes á una sola, á la piedad filial. Estando con Seng-seu, su discípulo predilecto, que escribió sus respuestas como Jenofonte hizo con las de Sócrates, ¿sabes, le preguntó, cuál fué la suprema virtud, la doctrina capital que nuestros antiguos emperadores enseñaron á todo el reino como medio para mantener la concordia entre los súbditos, y evitar todo conflicto entre superiores é inferiores?

¿Cómo he de saberlo, respondió Seng-seu, yo que sé tan poco?

Y Confucio replicó: La piedad filial es la raíz de todas las virtudes y la fuente de toda doctrina (1).

Con ella quería extirpar el odio entre el que obedece y el que manda, porque en su opinion la familia, el Estado, el universo estaban formados por el mismo tipo, teniendo por cabeza al padre, al rey y á Dios. Por lo cual decía: « Los emperadores antiguos mas sabios servian á su padre con verdadera piedad filial, y por esto servian al Tien con inteligencia; servian á su madre con verdadera piedad filial, pero servian á Li con religion: eran condescendientes con viejos y mozos, por esto los superiores y los inferiores eran gobernados felizmente.... El príncipe es padre y madre de los pueblos. Tened al padre el amor que profesáis á la madre y el respeto que alimentáis hácia al príncipe, y serviréis al príncipe con piedad filial, y seréis súbditos fieles, sumisos á los superiores, y dóciles ciudadanos. El que se rebela contra el rey peca, porque su corazon no posee la piedad filial que hace á los hombres prontos á la obediencia. »

Aquí Seng-seu le interrumpia diciendo: « Me atreveré á preguntaros si un hijo que obedece á su padre cumple todas las obligaciones de la piedad filial. »

« — ¿Qué dices? respondia el doctor: antiguamente el emperador tenia por censores á siete sabios, por lo cual aunque pecase, no llegaba nunca hasta el punto de arruinar el imperio. Un príncipe tenia cinco sabios para reprenderlo, por lo cual aunque pecase, no llegaba hasta arruinar el Estado. Un grande tenia tres sabios para reprenderlo, y aunque pecase, no llegaba nunca hasta arruinar su casa. Un letrado tenia un amigo que lo reprendiese, y nunca deshonraba su título. Un padre tenia á su hijo para reprenderlo, y nunca se extraviaba hasta el desorden. Cuando se conoce que una cosa es mala, el hijo no puede eximirse de reprendérsela al padre, ni el súbdito al soberano. Y pues que un hijo debe reprender á su padre cuando obra mal, ¿cómo podría cumplir con la piedad filial limitándose tan solo á obedecer? Existe, pues, una regla superior, que es la divina. »

Al escuchar estas palabras Seng-seu exclamó:

(1) *Mém. sur les Chinois*, t. IV.

ma: « ¡ Oh admirable inmensidad del amor filial! Es para los pueblos lo que la fertilidad de los campos para la tierra, la regularidad de los astros para el cielo. Ni el cielo ni la tierra mienten, los pueblos los imitan y la armonía del mundo durará perpetuamente como la luz del cielo y la produccion de la tierra. La piedad filial, pues, no há menester de reprensiones para corregir, ni su política necesita de amenazas para gobernar (1). »

También nosotros admiramos aquel genio universal, pero libres de la idolatría de un próselito, no dejaremos de observar, que fundiéndose la sociedad política con la doméstica, todas las propiedades vienen á ser del jefe, y la voluntad de cada uno se reduce á la suya; de modo que la libertad individual sucumbe ante la obediencia, y de esta nace una estabilidad sin actividad progresiva; precisamente el sistema opuesto al de los Griegos que tenian esta sin la primera. Y en efecto, el doctor Confucio, por mas que fuese el primero entre sus compatriotas, deja sin embargo entrever la señal del yugo que llevó, y que con las intenciones mas rectas hizo pesar sobre el pueblo, cuyos progresos deuto con un complicado mecanismo de moral ceremoniosa y de política servil. De modo que al paso que en otros pueblos la aparición de todo gran reformador es un vivo impulso para obrar, como sucedió despues de Moises, Solon, Licurgo, Mahoma y Lutero, los Chinos continuaron en el surco trazado por el uniforme paso de sus abuelos, y que Confucio no hizo mas que profundizar. Ciertamente que tuvo nociones de la unidad y fraternidad humanas; pero en vez de hacerlas entrar en su teología y de poner como base de la moral el amor supremo, se contentó con aquel Dios, pura razon. Para asemejarse el hombre á él no tenia mas que perfeccionar la razon; estéril teorema que no dejaba ya deducir la moral de la necesidad de perfeccionarse á sí mismo en los demas y á los demas en sí, sino que la reducía á preceptos experimentales sin enlace ni sancion.

Sus discursos son hermosos, su moral precisa, tanto que, segun él, no sería tal moral si se extendiese un punto mas. Sus máximas sencillas, ingeniosas, á veces también expresadas poéticamente, pueden competir con las de Sócrates y demas sabios de Grecia y con las ingenuas, pero no profundas, de Franklin; pero faltan completamente en ellas el entusiasmo y la uncion; cada cosa está colocada á nivel y con compas; la virtud inflexible se manda en ellas con inflexibles formas, como si se tratase de ajustar piedras y disponerlas una sobre otra en figura de pirámide, en que se va ascendiendo por grados sucesivos, uno descansando en el otro hasta el rey que pesa sobre todos. La justicia y la humanidad debieron ser sus arquetipos; pero la primera, puramente negativa, gobierna á los hombres, no los hace mejores, y

(1) V. СИБОР, Paráfrasis del Hiao-King.

la segunda no tiene entrañas y manda el amor como una conveniencia, un requisito social. Y á la verdad, ¿cómo ha de caminar la moral sin la metafísica? ¿cómo ha de poder contemplar de lleno la humanidad, quien no se ha elevado del órden terreno ni calculado las relaciones de esta con el Ente infinito? Por esto habló Confucio con tanta vaguedad de Dios y de la vida futura, que sus discípulos pudieron deducir de sus palabras el panteísmo y aun el ateísmo, y mas comunmente una indiferencia que admite la religion oficial, una religion indeterminada que no requiere imágenes, ni culto, ni sacerdotes (1).

¡Triste consecuencia que redujo al pueblo á un deísmo poco mas que ateo, sin dejarle siquiera un pedazo del cielo adonde pudiese levantar los ojos cuando se encontrase fatigado de trabajar la tierra! Los letrados no buscaron ya mas que la razon, y por consiguiente no se cuidaron de la multitud, contentándose con aspirar en el retiro al grado sumo de la doctrina, en vez de tratar de dar á sus opiniones el gran cimiento del asenso general. Si entre la multitud surgia alguno de talento no comun, se apreturaba á olvidar su origen para participar de los beneficios de los doctos, por lo cual el pueblo quedó abandonado á sus instintos materiales, y apenas vislumbraba un rayo de luz, se encontraba privado de él.

Sin embargo, la doctrina de Confucio triunfó, y desde hace veintidos siglos está asociada á la legislacion de un gran pueblo, cuya vida intelectual determinó aquel filósofo con la compilacion de los libros antiguos y con los suyos. Muy lejos estaba Confucio de esperar éxito tan completo, expuesto como se vió á los tiros de la envidia y á los obstáculos que ponen á prueba el entusiasmo del genio. Frecuentemente perseguido, reducido á sentir el hambre, á carecer de lecho, decía: *¡ Yo soy fiel como un perro y como á un perro me tratan! Pero ¿qué importa la gratitud de los hombres? No por eso dejaré de hacer el bien que pueda.* Un rey filósofo pareció adoptar sus máximas, mas fué por breve tiempo, y él continuó de país en país predicando las cinco virtudes, las tres relacio-

(1) En una relacion manuscrita que poseo, de un padre Pedranzi de Bormio, un mandarin dice á este misionero: « Guardémosnos de decidir sobre cosas que no constaron evidentemente ó fueron inciertas para los antiguos sabios. El axioma de los hombres sabios está en la partícula *si*. Y dice: Si hay paraíso, en él se deleitarán los virtuosos: si hay infierno, en él serán precipitados los infames y los malvados. Si esto es ó no cierto, ¿quien podrá asegurarlo? Apartarse del mal, hacer el bien, aquí está todo. El libro de *Tai-hio* dice: Lo principal es la virtud; las riquezas y la felicidad son lo accesorio. El libro *Lian-in* dice: Lo que no quieras para tí no lo hagas á los demas; esto es lo que hay. Hágase esto y basta: las felicidades del paraíso, si existen, seguirán como una cosa accesorio. Otro mas epicúreo le decía: « Oh doctor moderno ¿has visto tá estas cosas que predicas? ¿Quién te ha dicho que el alma de las bestias irá abajo y la de los hombres arriba? Estas y aquellas nacen y mueren igualmente, y vuelven á la tierra de que han sido hechas. La felicidad consiste en tener tres clases de carne: de cerdo para la mesa, de mula para los viajes, de mujer para la cama; y es lo bastante. »

nes, é inculcando principalmente la práctica de las ceremonias fúnebres, que miraba como el mejor tributo que se puede rendir á la dignidad del hombre y como el nudo que estrecha todos los lazos sociales.

¿Qué hubiera dicho Confucio de un siglo er que las cenizas de los valientes muertos en la batalla mas decisiva fueron vendidas para abonar los campos?

Pero ya entónces se quejaba de que los reyes hubiesen degenerado de las virtudes de sus abuelos: *Ninguno ha aceptado la doctrina que predico, decía, y este es mi sentimiento.* Despues, cuando conoció que habia terminado su carrera, reunió á sus discípulos mas queridos, y conduciéndolos á la falda de una colina venerada, mandó que levantasen en ella un altar; sobre este puso los cinco King ó libros canónicos compilados por él, y poniéndose de hinojos con la faz vuelta hácia el Norte, adoró al Cielo, le dió gracias por haberle prolongado la vida hasta haber podido purgar los libros canónicos, y le rogó que su obra no fuese inútil. Habíase dispuesto á la pia ceremonia con el ayuno y la purificacion, y la terminó ofreciendo por completo el fruto de sus fatigas.

Murió nueve años ántes que Sócrates naciese, y el árbol que sus discípulos plantaron sobre su sepulcro, es todavía venerado. Dedicáronse templos donde se escriben en tablillas los nombres de aquellos que se señalan en las provincias por sus virtudes y nobles acciones: homenaje moral justamente rendido á quien en todos sus estudios no se cuidó de abstractas especulaciones, sino de la práctica de la vida.

Tanto Confucio como Lao-seu palparon los males de su patria é intentaron corregirlos; pero Lao-seu buscó las verdades abstractas y llegó á un ascetismo ineficaz, mientras que Confucio puso todo su conato en la aplicacion. Dicen que este, atraído por la fama de Lao-seu, fué á visitarlo y le preguntó acerca de la esencia de su doctrina; pero Lao-seu, lejos de responderle, le afeó que se popularizase demasiado y mostrase fausto y vanidad en propagar sus conocimientos. « El sabio, dijo, ama la oscuridad; lejos de ambicionar los empleos, los renuncia; persuadido de que al fin de su vida no dejará mas que las buenas máximas que haya enseñado á aquellos que puedan retenerlas y practicarlas, no se manifiesta á todos, sino que estudia los tiempos y los lugares; si son buenos habla, si malos calla. El que posee un tesoro lo guarda para que no se lo roben. El que verdaderamente es virtuoso no quiera ostentar que es sabio. Tenedlo así entendido. »

El consejo del monje no podía servir para el político: aquel enseñaba á huir de los cuidados, este á sostenerlos bien; aquel á evitar los honores, este á conseguirlos y á merecerlos. Lao-seu quiere establecer un pensamiento social independiente de la experiencia y de la sancion, fundado en una inteligencia absoluta y absoluto también como ella: Confucio presenta continua-

Muerte de Confucio.

479

Paralelo entre Confucio y Lao-seu.

mente por ejemplo á los primeros emperadores, y con la historia pone de manifiesto los buenos y los malos efectos de los vicios y de las virtudes. Por eso los discípulos de Confucio prueban la verdad de un hecho ó la exactitud de una máxima con la autoridad de libros y filósofos antiguos, y los de Lao-seu con la naturaleza de las cosas y con el corazón humano. En un pueblo como el chino no es dudoso cuál de estas dos doctrinas debía prevalecer. La de Lao-seu se redujo á una secta que por un momento obtuvo honores, despues cayó en el olvido y en el desprecio, y fué el refugio de los oprimidos y pacientes que en los monasterios y en la inacción meditabunda buscaban la paz; la de Confucio llegó á ser la doctrina de los sabios ó sea de los letrados, que aun hoy solo por ella llegan á las magistraturas y á la administración (1). En 1713 decía el emperador de la China á los embajadores de Rusia: « Si os preguntan qué cosa reverenciamos y estimamos mas, responded: En la China la fidelidad, la piedad filial, la caridad, la justicia y la sinceridad se estiman sobre todas las cosas. Si fuese de otro modo, ¿ cómo podrían tener eficacia vuestras oraciones? Nuestra veneración á Confucio es el mejor homenaje que podemos rendir á la excelencia de sus doctrinas. »

Mencio
400-316.

Los discípulos mas célebres de Confucio, ademas del citado Seng-seu, fueron Seng-see y Meng-tseu (2). Este último principalmente fué reputado digno de ser su inmediato sucesor y declarado santo de segundo orden (*Yaking*), y su libro, unido á los tres de los apotegmas de Confucio, debía ser aprendido de memoria por aquellos que aspirasen á los empleos. Lamentándose Mencio al ver triunfar la secta de *Yang*, que predicaba el egoísmo como principio regulador de las acciones humanas, y la de *Me*, que pretendía que debía extenderse el amor á todos los hombres igualmente, sin distinción de parientes, trató de difundir una generosa filantropía. *El que sigue la recta razon sirve bien al Cielo*; este es el asunto de su doctrina, y lo mismo que Confucio, fué predicándola por varios reinos, teniendo conversaciones con los reyes, desplegando una política mas atrevida que inducia á estos á escuchar el voto del pueblo, y no dejando pasar acto ninguna inicuo sin censurarlo.

Su manera de argumentar era socrática, á veces irónica, contundente siempre y capaz de obligar á sus adversarios á confesar que estaban en un error. Uno de los reyezuelos que con sus litigiosas ambiciones turbaban la paz de la China, queria con insidiosas palabras obligar á Mencio á ayudarle con su popularidad. « El que sepa de veras amar al pueblo, dijo Mencio,

(1) Ed. Bior. *Essai sur l'hist. de l'instruction publique en Chine, et de la corporation des lettrés, depuis les anciens temps jusqu'à nos jours.* Paris, 1843.

(2) *Meng-seu vel Mencium, inter sinenses philosophos ingenio, doctrina nominisque claritate Confucio proximum, edidit latina interpretatione STANISLAUS JULIEN.* Paris, 1824. Véanse los Documentos de Filosofía.

» podrá restablecer el orden y reinar sobre todo el imperio. »

— ¿ Creéis (preguntó el rey) que tenga yo en mí lo necesario para amar al pueblo? »

— Lo tenéis. Yo sé por un ministro vuestro, que estando un dia en palacio, vistéis pasar á los piés de vuestro trono unas personas que conducian un buey atado. Preguntásteis adónde lo llevaban, y os respondieron que iban á inmolarlo para barnizar con su sangre una campana nueva. Entonces ordenásteis que lo soltasen, conmovido por el miedo que manifestaba el animal, semejante al de un inocente conducido al suplicio; y en su lugar mandásteis que tomasen una oveja. ¿ No es así? Lo que entonces hicisteis, basta para mostrar que sois digno del trono. Bien es verdad que vuestros súbditos supusieron que habíais obrado de tal manera por avaricia: pero yo creo que cedisteis á la ternura. La oveja no tenia mas culpa que el buey: este es un subterfugio de la humanidad. Uno de los animales estaba á vuestra vista, el otro no lo veíais. El sabio no puede ver degollar los animales que ha visto vivos; cuando ha oído sus lastimeros gritos, no puede alimentarse con su carne. Por esto el sabio coloca las cocinas en lugar apartado de su habitación.

El rey exclamó: — Maestro, me habéis explicado una cosa que á mí me costaba trabajo comprender. Pero decidme, la ternura que entonces experimenté ¿ es verdaderamente conveniente para hacerme reinar bien? »

Mencio le replicó: — Si un hombre viniere á decir á vuestra majestad: *Yo puedo sostener un peso de tres millares, y no puedo levantar una pluma: mis ojos ven nacer el vello, y no distinguen un carro de leña: le creeríais?*

— De ninguna manera, repuso el rey.

— Sin embargo (continuó el filósofo); vuestra humanidad se extiende á los animales, y no se defiende en vuestros súbditos. Como aquel que no puede sostener una pluma, y dice que puede levantar un carró de leña, tenéis en vos cuanto se necesita para reinar, pero no hacéis uso de ello.

— Bien venido (le decía el rey de Wei). Si no os parece demasiado largo el camino de mil *lis*, mucho provecho ciertamente haréis á mi reino.

— ¿ Qué decís (respondió el filósofo)? El provecho consiste en tener humanidad, benevolencia para todos, y justicia; no os entremetáis en los intereses de los ciudadanos; no los separéis de las labores de cada estacion, y la cosecha será abundante. Si en los viveros no se echan las redes de mallas muy tupidas, no todos los peces y tortugas serán saboreados en vuestra mesa; no metáis el hacha en las frondosas selvas antes de tiempo, y la leña no faltará; y así el pueblo podrá alimentar holgadamente á los vivos, y ofrecer sacrificios á los muertos. Haced plantar de moreras los campos, y los hombres de cincuenta años podrán vestir de

seda: haced criar pollos, perros (1) y cerdos, y los hombres de setenta años podrán alimentarse de carne: haced que las escuelas y colegios propaguen la piedad filial y el respeto á los ancianos, y no se volverá á ver á los canosos llevar pesos por los caminos. Vuestros perros y vuestros puercos consumieron el alimento del pueblo, y vos no lo remediásteis; el pueblo moría por los caminos, y no abristeis los graneros, y viéndole desmayado de hambre exclamásteis: *No ha sido mia la culpa, sino de la esterilidad.* Decid pues, ¿ hay diferencia entre matar á uno con el palo, ó matarlo con la espada? »

— Ninguna, respondió el rey.

— ¿ Y entre matar á uno con la espada y con la inhumana administración? »

Otras veces decía: « Amad al pueblo, y no encontraréis obstáculo para gobernar bien. Si á uno se le mandase tomar una montaña bajo el brazo, y llevarla por el Océano septentrional, y dijese: *No sirvo para ello*, seguramente que le daríais crédito; pero si á otro se le dijese que llevase una ramita y respondiera: *No sirvo para ello*, ¿ le creeríais? El rey que no gobierna bien, no debe compararse con el primero, sino con el segundo; no le falta el poder, le falta la voluntad. »

Sivan-yang, rey de Tsi, le preguntó: « ¿ Es verdad que el parque del rey Ven-huang tenia setenta *lis* de circuito? »

— Verdad es (respondió), y el pueblo lo encontraba pequeño.

— El mio tiege un circuito de cuarenta, y el pueblo lo cree vasto; ¿ en qué consiste esta diferencia? preguntó el rey. Y el filósofo respondió: — En el parque de Ven-huang entraba todo el que queria á segar yerba, hacer leña, y á coger liebres y faisanes. ¿ No habia de encontrarlo pequeño el pueblo? En el vuestro sabe que el que matare un ciervo, tiene pena de muerte como si hubiere muerto á un hombre. El pueblo que lo encuentra demasiado grande, ¿ se engaña? »

Estos diálogos que hemos tomado de su libro clásico tienen verdaderamente un sabor socrático. El mismo rey le preguntó: « He oído decir que Ching-tang arrojó del trono á Kie, y que Vu-huang condenó á muerte al rey Chev. ¿ Es verdad? »

— La historia lo dice.

— ¿ Es, pues, permitido á los súbditos depouer y condenar á sus soberanos? »

Mencio respondió: « El que comete un hurto, se llama ladrón; el que hurta la justicia, se llama tirano. El ladrón y el tirano son hombres y no debe haber diferencia entre ellos. Siempre he oído decir que Chev fué condenado á muerte, no que Vu-huang hubiese muerto á su príncipe. »

Los Chinos admiran la claridad de las controversias, y la natural viveza del diálogo de

(1) El perro es el manjar mas exquisito para los Chinos, cuya cocina refinadísima es insufrible para los Europeos.

este doctor, y cuando quieren recomendar una obra de buen estilo, dicen: *Leed á Meng-tseu.*

Aquí concluye el catálogo de los filósofos de la China, si no se quiere añadir á Chud-hi, que en el siglo XII d. C. publicó una filosofía natural en que se propuso comparar las máximas de todos los clásicos contradictoriamente interpretadas, y mostrar su primitiva identidad. Y pues que nada debe aparecer como nuevo en la China, se aplicó tambien á explicar el Y-King diciendo, que la línea recta es el principio activo de la naturaleza, y la quebrada el pasivo: y donde Confucio veía moral y política, él encontró física y fisiología, fundando de este modo una doctrina atomística y molecular que encontró muchos secuaces.

CAPÍTULO XXVIII

Constitucion de la China.

Cuanto llevamos expuesto nos ayudará á formar una idea del edificio político de la China á cuya construcción contribuyeron tanto Confucio y Mencio, si bien las agitaciones interiores impidieron que se llevase á cabo hasta el principio de la era vulgar. No hubo en este país superposición de pueblos, y por consiguiente tampoco hubo castas ni clases esclavas, antes bien puede ser considerada la China como una familia patriarcal, que desarrollándose, llegó á formar un grande imperio sin alterarse, y derivando toda su organización del principio primitivo de la piedad filial. Esta se extiende desde el hogar doméstico hasta el trono: cada casa es un pequeño Estado, y el Estado es una casa vastísima, regulada por los mismos principios de sociabilidad y sometida á las mismas obligaciones. El individuo se pierde en la familia, y la familia en el reino, sin que ni privilegios de casta, ni derechos de sacerdocio descompongan aquella unidad, que en la China es mas absoluta y plena que en cualquier otro Estado del mundo. Fácil es pasar de la paternidad á la tiranía, cuando dilatándose aquella, no está ya refrenada por ese sentimiento de amor que nos hace mirar en nuestros hijos una reproducción de nosotros mismos. En efecto, en la China el espacio comprendido entre el cielo y la tierra está ocupado por el rey; el rey puede todo cuanto quiere, y el desobedecerlo es un acto, no solo de rebelión, sino de impiedad. Por esto algunos emperadores se permitieron toda clase de excesos; quitaron los campos á sus súbditos para ampliar sus jardines, y por capricho ó por diversion los hicieron matar, vanagloriándose de ser en su imperio lo que el sol en el mundo, y como este indestructibles.

De tal manera creen los Chinos que su constitución se apoya completamente en el respeto filial, que cuantas veces quieren regenerar aquella con arreglo á su principio, procuran revivificar este. Así lo hizo Confucio; y ahora hace pocos años, habiendo faltado un hijo á los mi-